

La biblioterapia y la selección de fuentes de información: un ámbito de actuación para los profesionales de la Bibliotecología y la Ciencia de la Información

Bibliotherapy and selection of information sources: a field of activity for library and information science professionals

M.Sc. Yenifer Castro Viguera: Universidad de Sevilla, España.
yenifercvi@gmail.com

M.Sc. Yenifer Castro Viguera

Cómo citar: Castro Viguera, Y. (2017). La biblioterapia y la selección de fuentes de información: un ámbito de actuación para los profesionales de la Bibliotecología y la Ciencia de la Información. *Bibliotecas. Anales de Investigación*; 13(1), 86-99.

Recibido: 2 de febrero de 2017
Revisado: 21 de abril de 2017
Aceptado: 26 de abril de 2017

RESUMEN:

Objetivo. La presente investigación tuvo como objetivo poner en relieve el papel que deben desempeñar los profesionales de la Bibliotecología y la Ciencia de la Información en el ámbito de la biblioterapia, a partir de la historia y los fundamentos teórico-conceptuales de la misma.

Diseño/Metodología/Enfoque. Se trató de un estudio cualitativo, con carácter exploratorio-descriptivo, que se inscribe en un paradigma interdisciplinar, a partir de los múltiples campos de conocimiento que convergen en esta especialidad.

Resultados/Discusión. Sus resultados estuvieron asociados al estudio de la historia y los antecedentes de la biblioterapia como campo interdisciplinar, el rol de los profesionales de la información en los programas de esta índole y las tipologías de fuentes que resultan pertinentes; aspecto en el que se refleja cada vez más la influencia de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

Conclusiones. La biblioterapia posee amplios vínculos con la Bibliotecología y la Ciencia de la Información, por lo que los profesionales de estos campos pueden participar con pleno derecho en las investigaciones de la especialidad y en todas las fases de la praxis. Es imprescindible una cuidadosa selección de fuentes de información, de manera que éstas propicien actitudes positivas para maximizar los beneficios de la lectura.

Originalidad/Valor. El valor de este estudio reside esencialmente en reivindicar el papel del bibliotecario y el profesional de la información en el ámbito de la biblioterapia y, a su vez, la relación de este campo con la Bibliotecología y la Ciencia de la Información.

PALABRAS CLAVE: Bibliotecas para pacientes; Bibliotecario; Biblioterapia; Competencias profesionales; Fuentes de información; Lectura Terapéutica.

ABSTRACT:

Objective. *The main objective of this research was to highlight the role that Library and Information Science professionals should play in the field of bibliotherapy, based on its historical, theoretical and conceptual foundations.*

Design/Methodology/Approach. *It was a qualitative study, with exploratory-descriptive character, that is inscribed in an interdisciplinary paradigm; starting from the multiple fields of knowledge involved in this arena.*

Results/Discussion. *The results were associated with the study of the history and antecedents of bibliotherapy as an interdisciplinary field, the role of information professionals in this kind of programs, and the appropriate types of information sources on that regard. It was increasingly reflected on the impact of new information and communication technologies.*

Conclusions. *Bibliotherapy has strong relationships with Library and Information Science, so professionals in these fields could research on this topic, as well as in every phase of the practice. A careful selection of information sources is essential in order to promote positive attitudes and to maximize the benefits of reading.*

Originality/Value. *The value of this study lies essentially in claiming the role of the librarian and information professional in the field of bibliotherapy and, in turn, the relationship of this field with the Library and Information Science field.*

KEYWORDS: *Bibliotherapy; Information sources; Librarian; Patient's libraries; Professional competences; Therapeutic reading.*

Introducción

La biblioterapia es un campo de estudios emergente, que se ha consolidado como corpus científico-social en pleno siglo xx, sobre todo a raíz de ciertas investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos. Entre los años 1929 y 1960 aproximadamente, se gestaron en ese país un número significativo de publicaciones en torno a este tópico, aunque no siempre con el mismo rigor científico. Además, existen brechas epocales, dificultades para acceder a textos que permanecen inéditos e, incluso, fronteras lingüísticas. Muchos trabajos solo han sido publicados en lengua inglesa y resultan casi desconocidos en el ámbito hispanoamericano. Otros, entre los más recientes, se deben a autores de nacionalidad brasileña y tampoco se han traducido al español.

Buena parte de los textos publicados proceden de la Psicología o refieren experiencias concretas de la labor bibliotecaria, asociadas a las bibliotecas para pacientes, que tuvieron su génesis en hospitales de países como Alemania, Inglaterra y Francia, en el siglo xviii. En la centuria siguiente se instauraron en Estados Unidos y, con posterioridad, se han extendido hacia Hispanoamérica. Los usuarios potenciales de estos servicios no son solo pacientes psiquiátricos, sino también otros aquejados de dolencias físicas, e incluso, el personal acompañante por estadías prolongadas. Análoga a esta labor es la que se viene realizando en algunos centros penitenciarios, asociada a las bibliotecas, la promoción de la lectura y la biblioterapia para el esparcimiento, desarrollo y/o reinserción social de los reclusos.

Durante la revisión bibliográfica, se ha podido constatar que en las disciplinas informacionales resultan aún insuficientes los acercamientos teóricos al tópico de la biblioterapia, a pesar de que se han gestado investigaciones bien documentadas en países como Estados Unidos, Inglaterra, España, Brasil, Argentina y Venezuela, entre otros. Al respecto, de acuerdo con el investigador Forrest Mes, en el período de 1993-1997 solo el 20% de los estudios sobre biblioterapia tenían por autores a bibliotecarios, frente a un 57% de psicólogos; mientras que el resto correspondía a enfermeros y trabajadores sociales, con un 11% y un 10%, respectivamente (McMillen y Pehrsson, 2004).

En el caso de Brasil, desde las primeras investigaciones sobre biblioterapia en la década de 1950, hasta el año 2004, Da Silva (2005) concluyó que el 70% de éstas corresponden al campo de la Bibliotecología; mientras que el 12,5% se debe a profesionales de la Psicología y otro tanto a "Psicología en asociación"; además, a la Enfermería y al genérico de "Otros" pertenecen sendos 2,5%. Salvando las conclusiones de Forrest Mes para el período que abarca, el riguroso análisis de Da Silva (2005) sugiere, o bien que esta latitud constituye una excepción, o bien que algunas afirmaciones sobre la menor proporción de estudios bibliotecológicos sobre esta modalidad terapéutica, con respecto a los del campo de la Psicología; pudieran ser apriorísticas.

Por otra parte, casi la totalidad de las investigaciones consultadas establecen nexos con la Bibliotecología, al tiempo que hacen énfasis en el rol del bibliotecólogo en la concepción e implementación de programas de biblioterapia. Sin embargo, el profesional de la información y la disciplina de la

cual deriva su personalidad académica, la Ciencia de la Información (CI), también están llamados a establecer una relación estrecha con la teoría y la práctica biblioterapéutica. Ello resulta aún más atinado cuando se tienen en cuenta las modernas concepciones de biblioterapia, que contemplan diversas fuentes informativas, incluyendo películas, piezas musicales, obras pictóricas, entre otras.

Las prácticas inherentes a este campo no deben permanecer ajenas al desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación (TICs), teniendo siempre en cuenta las eventuales limitaciones de este grupo de usuarios, pero sin perder de vista que, al tratarse de individuos que dominan los elementos básicos de la lecto-escritura, no hay razón para que no puedan estar alfabetizados informacionalmente y aprovechar las ventajas de las TICs. Por otra parte, el paradigma tecnológico de la CI, con la imagen profesional que le es consustancial, no debe inducir la dejación de los principios humanistas y de servicio social que constituyen pilares históricos de la disciplina y se asocian también con la biblioterapia.

La propia evolución de las fuentes de información en el siglo que ha transcurrido desde que se acuñara el término “biblioterapia”, en 1916, hasta la actualidad; demanda el análisis de las mismas, para ofrecer una caracterización histórica general y exponer aquellas que serían más útiles para este perfil de usuarios. Entre las leyes de la Bibliotecología formuladas por Ranganathan, figuran las que enuncian: “a cada lector su libro y a cada libro su lector” (o, quizás, desde una óptica contemporánea, a cada usuario su fuente de información, y viceversa), las cuales deben guiar, por antonomasia, el desempeño del profesional de la información como biblioterapeuta.

El presente trabajo constituye un estudio cualitativo, con un carácter exploratorio-descriptivo. Pues se pretende ofrecer un recuento histórico de la biblioterapia, antes y después de que deviniera un campo científico y una práctica oficializada en los ámbitos hospitalarios o bibliotecarios (o en la conjunción de ambos) y, al mismo tiempo, analítico, dado su propósito de estructurar un enfoque crítico que contribuya a modelar el engranaje teórico de la especialidad, así como a la concepción e implementación de sus programas. Asimismo, se ha intentado seguir un paradigma interdisciplinar, pues el objeto de estudio requiere un abordaje plural e inclusivo, donde la Psicología y las disciplinas informacionales citadas —la Bibliotecología y la CI— cumplen una función prevalente.

Durante el proceso investigativo se han empleado, fundamentalmente, los métodos del análisis documental de contenido, así como el “procedimiento ascendente”; es decir, la localización de nuevos documentos a partir de las referencias bibliográficas que se listan en las fuentes ya consultadas. En sentido general, se revisaron revistas impresas y publicaciones en línea que contenían textos actualizados sobre la especialidad; pero también algunos artículos fundacionales, compilaciones bibliográficas y estudios que marcaron pautas en su desarrollo; pues esta no se considera una materia científica de alta obsolescencia.

La investigación se planteó como objetivos los siguientes:

- Exponer elementos teórico-conceptuales propios del campo científico de la biblioterapia y pautas históricas de su praxis.
- Estructurar los argumentos pertinentes en relación al papel que le corresponde a los profesionales de la Bibliotecología y la CI en el ámbito de la biblioterapia.
- Realizar un estudio de las fuentes de información vinculadas a las actividades biblioterapéuticas, con vistas a ofrecer algunas directrices en cuanto a la selección de las mismas para los programas al respecto.

El campo de actuación de la biblioterapia: génesis y evolución

La biblioterapia, como especialidad científica y de praxis profesional, sistematiza un conjunto de nociones que han acompañado el devenir de la humanidad desde que el lenguaje se codificara en texto y, por consiguiente, pudiese ser descodificado mediante la lectura, con toda la complejidad que implica este proceso. La invención de la imprenta en el siglo xv, por Johannes Gutenberg, constituyó uno de los hitos más importantes para su difusión y, por ello, cimentó la posibilidad de esta práctica terapéutica, amén de otras influencias significativas en la continuidad del desarrollo científico y tecnológico. Su razón de ser está determinada por la repercusión potencial del ejercicio de leer en la cognición, las emociones, la conducta e, incluso, las estructuras más complejas de la personalidad; lo cual ha sido reconocido en diversos contextos culturales donde el libro —sus antecedentes y/o sus “derivados”— ha estado presente.

Las primeras aproximaciones al ámbito de aplicación de la biblioterapia, antes de que adquiriera

su ciudadanía científica en una determinada área de interacción de las Ciencias Sociales, han tenido un carácter fundamentalmente intuitivo, basado en las bondades que se le reconocen a la lectura y, casi de soslayo, en sus valores terapéuticos. En ocasiones, esta práctica tenía un fin mágico-religioso, como ocurría en la Edad Media con la lectura de determinados pasajes bíblicos a pacientes que iban a ser sometidos a intervenciones quirúrgicas; o la propia tradición católica que le concede propiedades curativas a la oración de San Luis Beltrán, por solo citar algunos ejemplos. Lo cierto es que, de un modo u otro, todas las grandes civilizaciones de la Antigüedad, y las posteriores, han reconocido los beneficios derivados de la lectura.

En el propio acervo cultural de Cuba pueden hallarse significativas referencias a la importancia de la lectura. Félix Varela, en sus *Lecciones de Filosofía*, ofrecía algunos consejos sobre métodos y técnicas que propician un mayor aprovechamiento del acto lector (León, 2008). Por su parte, José Martí (1975) afirmaba que “los libros consuelan, calman, enriquecen y redimen” (p. 190); aserto que sintetiza la motivación esencial de las acciones biblioterapéuticas, pues trasciende la antigua concepción que circunscribía la lectura a una de sus funciones: la de vehículo para la adquisición de conocimientos.

Las fuentes bibliográficas registran que uno de los primeros textos en establecer nexos entre el campo de la salud y el ámbito de los libros, es de la autoría del clérigo alemán Giorg Heinrich Gotze (1667-1728) y se titula “Biblioteca de enfermos”. En los albores decimonónicos, el médico y químico norteamericano Benjamín Rush, quien fuera también uno de los precursores de la terapia ocupacional, recomendó que debían existir pequeñas bibliotecas en los centros hospitalarios, así como lo conveniente de orientar la lectura de ciertos libros como parte del tratamiento de personas que padecían trastornos mentales (Weimerskirch, 1965).

Estas aseveraciones se inscriben en un movimiento que cobró auge años después en Europa y en los propios Estados Unidos, en torno a la necesidad de emplear métodos más humanitarios para atender a los enfermos mentales. Las concepciones de este médico fueron perfiladas por otro galeno coterráneo, John Minson Galt, quien también figuró entre los pioneros de la biblioterapia, al escribir el primer artículo en ese país que reflejaba los beneficios de los libros en el tratamiento de los pacientes psiquiátricos: “*Sobre lectura, recreación y entretenimiento para los dementes*”,¹ publicado en 1853 (Weimerskirch, 1965).

Sin embargo, fue en el siglo xx cuando se dieron los pasos definitivos para el establecimiento de un campo de conocimientos y de actuación específico, enraizado en la atención psicológica a pacientes² con diversos grados de disfunción mental; pero también en un amplio espectro del trabajo bibliotecario, en particular los servicios de información personalizados y la promoción de lectura. Sin pretender un recuento exhaustivo, vale señalar que para 1904 era prácticamente considerada un ámbito inherente a las funciones del bibliotecario (Hannigan, 1962) y, con ello, a la disciplina de la Bibliotecología.

En cuanto al propio término biblioterapia, con el significado que se le conoce y que se venía gestando desde los esbozos que se han citado; este no se acuñó hasta 1916, en un artículo de Samuel Crothers titulado “*Una clínica literaria*”. Se impuso sobre otras variantes que aludían al mismo campo semántico, entre las cuales Pereira (1996) menciona las de bibliodiagnóstico, bibliofilaxia, biblioconsejo, terapia bibliotecaria y literapia, entre otras.

Los estudios sobre las potencialidades terapéuticas de los libros cobraron auge durante la primera mitad del siglo xx, así como su aplicación en los hospitales; aspecto que recibió un impulso significativo con el tratamiento a soldados convalecientes de la Primera Guerra Mundial. Años después, en 1929, fue publicado “*Los alentadores incentivos de la poesía en los Hospitales del Departamento de Veteranos*” de Annie L. Cragne; texto citado por William M. Beatty como una muestra de entusiasmo hacia el tema (Beatty, 1962).

En sentido general, la biblioterapia está asociada a circunstancias individuales críticas; pero también a periodos de fuerte conmoción social, pues las guerras y sus secuelas le han conferido cierto impulso. No solo ha ocurrido durante las dos contiendas mundiales, sino en el transcurso de conflictos como el que sacudió a España entre 1936 y 1939, pues en ambos bandos pugnares se intuyó el efecto terapéutico de la lectura. La opinión que expone Aurora Díaz-Plaja define no solo la función del bibliotecario de hospital; sino

1. Los títulos y los textos que se citan en el cuerpo del artículo, tomados de fuentes en inglés o portugués, han sido traducidos por la autora.

2. El término *paciente* se emplea con ciertas reticencias para aludir a un grupo de usuarios con necesidades terapéuticas; pero se debe tener en cuenta que ha sido cuestionado por movimientos de la corriente psicológica humanista, debido a connotaciones de pasividad e inferioridad.

también la del biblioterapeuta: “el bibliotecario ha de ser siempre un psicólogo, pero ante el lector enfermo ha de ser, además, un poco psiquiatra. Es por esto que una biblioteca de hospital no se puede crear solamente con un lote de libros más o menos escogidos, sino con una persona que los conozca y sepa cuál será más adecuado para cada enfermo”. (Díaz-Plaja, 1942, p. 3; citada por Vall, 2009, p. 308)

En ese mismo año, la psicóloga y bibliotecóloga estadounidense Ilse Bry publicó el texto *“Aspectos médicos de la literatura. Un esbozo bibliográfico”*, que constituye una bibliografía exhaustiva de fuentes en inglés, alemán, francés y español. Algunas de sus secciones conciernen a esferas básicas de las investigaciones biblioterapéuticas y propician un primer acercamiento al estado del arte para la fecha, en la que el tema suscitaba verdadero interés dentro de la comunidad científica.

En 1949, la terapeuta austriaca Sofie Lazarsfeld, radicada en los Estados Unidos, dio a conocer el artículo *“El uso de la ficción en la psicoterapia”*, en el cual analiza las reacciones de ciertos pacientes ante textos literarios. Ese mismo año otra estudiante de la materia, Caroline Schrode, presentó su tesis doctoral en Filosofía bajo el título *“La biblioterapia: un estudio teórico y clínico-experimental”*. Dos años más tarde, la investigadora Esther A. Hartman obtuvo un doctorado en la Universidad de Stanford, a partir de la tesis *“La literatura imaginativa como una técnica proyectiva: un estudio de la biblioterapia”*. Una de las revisiones cronológicas más completas de ese periodo se le debe a Walton B. McDaniel y se titula *“Biblioterapia, algunos aspectos históricos y contemporáneos”*, publicado en 1956 (Beatty, 1962).

Las concepciones de biblioterapia han variado durante el siglo xx en cuanto a las características de sus usuarios, las tipologías de fuentes y el profesional que detenta el liderazgo. Además, los especialistas consideran que constituye, desde una simple herramienta o instrumento, hasta un proceso terapéutico, incluyendo su definición como técnica o terapia auxiliar (Da Silva, 2005). En realidad, podría adaptarse a cualquiera de estas concepciones, según la razón de ser de cada proyecto y el modelo de tratamiento en que se inscriba.

Pereira (1996) menciona tres tipologías de biblioterapia: institucional, de desarrollo y clínica. La primera alude a su práctica dentro de una institución concreta, generalmente una clínica u hospital psiquiátrico. La segunda se refiere a programas destinados a personas que atraviesan una

situación de crisis. La tercera supone la existencia de trastornos emocionales o del comportamiento en el lector y requiere un análisis más exhaustivo antes de su implementación.

Por otra parte, su potencial terapéutico no reside simplemente en un recetario de fuentes de información, o en la interacción del usuario con el material específico recomendado; sino que puede incluir procesos de socialización como los que acaecen en los denominados grupos de lectura, experiencia bastante común en algunos ámbitos anglosajones. Asimismo, las llamadas terapias de grupo también pueden ser estructuradas a partir de programas de esta índole, pues implican un costo menor que otros tratamientos y, además, propician un cierto acompañamiento al paciente, en ausencia del terapeuta.

Para Hannigan (1962) esta práctica se inscribe en una concepción holística de la salud, que apunta hacia la interacción cuerpo-mente y privilegia la óptica del sujeto como un todo, con referentes históricos en varias sistemas filosóficos y aceptación por importantes corrientes de la Medicina y la Psicología contemporánea. Bajo este principio, deben ser considerados además elementos como la postura del lector, el esfuerzo visual, y otros, con el objetivo de que la experiencia resulte grata a todos los niveles y tribute al equilibrio del organismo humano.

En cuanto a la definición de biblioterapia, los autores norteamericanos Monroe y Rubin (1974) planteaban que esta debía incluir tanto la actividad usual de los bibliotecarios en cuanto a recomendar determinados libros, como la ayuda terapéutica en los campos de Medicina y Psiquiatría, donde la lectura sería empleada en el diagnóstico u otras fases de la terapia. El Glosario de la Asociación Americana de Bibliotecarios (ALA, por sus siglas en inglés), de 1988, concibe el término como “la utilización de libros y otros materiales en un programa de lectura dirigida prescrito como terapia auxiliar en el tratamiento de desórdenes mentales y emocionales y los desajustes sociales” (Gómez, 2011, p.18). Es decir, circunscribe su aplicación al ámbito de las disfunciones psicológicas y los problemas de adaptación social.

Por su parte, Cruz (1995, p.15; citada por Da Silva, 2005) posee una óptica más amplia, pues asevera que puede considerarse “tanto un proceso de desarrollo personal como un proceso clínico de cura, que utiliza literatura seleccionada, películas y participantes que desarrollan un proceso de escritura creativa con discusiones dirigidas por un

facilitador capacitado con el fin de promover la integración de los sentimientos y pensamientos para promover la autoafirmación, la autoconciencia y la rehabilitación” (p. 119).

Para resumir los aspectos esenciales, puede afirmarse que constituye un campo de conocimientos científicos y de actuación profesional multidisciplinar —del espectro de las disciplinas médicas, educativas, de información y vinculadas al trabajo social— que estudia y promueve la lectura de textos literarios, científicos y/o de autoayuda, así como el acceso a materiales de carácter audiovisual y otras fuentes, con un fin terapéutico o de bienestar psico-emocional. Puede conllevar, además, la interacción grupal en torno a los materiales prescritos por el biblioterapeuta y/o prácticas de escritura creativa.

El bibliotecario y el profesional de la información en el ámbito de la biblioterapia: principales desafíos

El espectro de profesiones que poseen un estrecho nexo con la biblioterapia, de acuerdo con Bry (1942), contempla a médicos, psicólogos, críticos literarios, bibliotecarios y trabajadores sociales. Da Silva (2005) incluye a los profesionales de la educación, quienes pueden tomar parte activa en los programas destinados a niños y adolescentes; así como del ámbito de las Letras, la Enfermería y la Terapia Ocupacional. En ambas investigaciones se aprecia la ausencia del profesional de la información; lógica en el caso de Bry, pues la CI era entonces un campo de estudios en estado embrionario.

Giuberti y Galvão (2013) comentan que “la biblioterapia se asocia más con la Bibliotecología, por el hecho de que los bibliotecarios participan en tal actividad y por la elección de la biblioteca como ámbito de actuación. Sin embargo, los fundamentos de la CI abarcan aspectos de Psicología y Comunicación que la Bibliotecología no aborda” (p. 249). El común origen etimológico de las denominaciones de ambos campos ha contribuido a fijar esta asociación, en detrimento de las demás alternativas. En correspondencia con la aseveración de estas autoras, los elementos psicológicos y comunicacionales asociados a los fundamentos teóricos de la CI y a los planes formativos de este profesional; revisten una importancia medular para la efectividad del proceso.

Esta ciencia acogió, entre otros saberes y para un nuevo entorno científico-técnico y social, los

postulados teóricos y el cúmulo de experiencias de la Bibliotecología; por lo que el profesional de la información es también heredero del bibliotecario o bibliotecólogo, con respecto a su formación académica y al ámbito de desempeño profesional que le es propio. De hecho, algunos autores consideran que el bibliotecario es, también, un profesional de la información (Giuberti y Galvão, 2013). En todo caso, no se trata de dos profesiones contrapuestas, si no que existe una línea de continuidad entre ambas.

Por otra parte, un ámbito o campo de actuación, es un concepto sociológico complejo. Bentes (2005), a partir de las contribuciones de Pierre Bourdieu, lo define como “un espacio de posiciones mínimamente institucionalizadas o en proceso de institucionalización” (p. 33), en cuya determinación intervienen tanto factores económicos como de naturaleza simbólica. Desde el punto de vista profesional, la participación en el mismo requiere cierto nivel de competencia y especialización, pero también de legitimación social. Este último aspecto, vinculado más con la oferta en el mercado de trabajo, no siempre ha sido favorable para los profesionales de las disciplinas informacionales.

Tradicionalmente, la imagen profesional del bibliotecario era la de una persona que custodiaba celosamente, en un recinto semi-secreto y casi en penumbras, el tesoro de los libros. Se consideraba un erudito, amante del conocimiento y de su empaque libresco; pero preocupado sobre todo de salvaguardarlo, y muy poco de compartirlo. Personajes de ficción como el de Jorge de Burgos, el bibliotecario de la abadía descrita por Umberto Eco en *“El nombre de la rosa”*, ilustran significativamente como se ha erigido esta figura en el imaginario colectivo. La misma ha tenido su correlato en la evolución de las instituciones bibliotecarias, que comenzó en los templos religiosos de la Antigüedad, arribó a los monasterios medievales, y continuó a través de las bibliotecas palatinas y universitarias de la Edad Moderna; para desembarcar, desde el siglo XIX, en las bibliotecas públicas y el propósito de democratizar el acceso a las fuentes del conocimiento.

El propio término bibliotecario fue definido por primera vez en 1751, por Diderot y D’Alembert, como “aquel que es responsable por la guarda, preservación, organización y por el crecimiento de los libros de una biblioteca. Él puede cumplir también funciones literarias que demandan talento” (Bentes, 2005, p. 35). El énfasis, a tono con

la época, se sitúa en sus funciones como preservador del patrimonio bibliográfico, sin aludir a la difusión de este acervo, cuestión que ha adquirido una importancia primordial a lo largo del siglo xx y para el futuro de la llamada sociedad de la información.³

Como se ha mencionado, Hannigan (1962) sostiene que, para 1904, el bibliotecario había asumido el rol de biblioterapeuta, a partir de que un individuo de esta profesión en Boston comenzara a dirigir la biblioteca para pacientes del hospital MacLean. De acuerdo con Bentes (2005), ello marcó la adopción de la biblioterapia como una rama de la Bibliotecología. Sin embargo, no ha existido consenso con respecto a las funciones del bibliotecario, pues muchos consideraban que solo debía intervenir en la selección de libros.

Katz (1992, p. 174; citado por Da Silva, 2005) comenta que “los artículos sobre el uso de libros con pacientes psiquiátricos aparecen en publicaciones periódicas de Bibliotecología, antes de aparecer en publicaciones periódicas de psiquiatría (p. 23)”. Asimismo sostiene que entre los años 50 y 80, estudios de esta naturaleza comenzaron a emerger desde distintas especialidades, en particular Psiquiatría, Psicología y Rehabilitación. Da Dilva (2005) señala ciertas insuficiencias en la formación del bibliotecólogo y las propias necesidades de conocimiento del campo de la biblioterapia, como causas de que este perdiera parte del terreno profesional que había conquistado.

El rol que se le confiere oscila, desde un simple facilitador de los libros que otros profesionales seleccionan (similar a la labor de un farmacéutico que recibe recetas y expende medicamentos), hasta el de un biblioterapeuta en todo el sentido de la palabra. Algunos autores no cuestionan su participación en la planificación y/o desarrollo de las sesiones; pero condicionan su eventual protagonismo a la tipología de biblioterapia de la que se trate, siendo más cautos en cuanto a la clínica (Gómez, 2011).

Floch (1952, citado por Hannigan, 1962) refiere que “el bibliotecario tiene un eminente y sig-

nificativo lugar en este tipo de tratamiento. Él es quien compila la materia prima para el tratamiento, o sea, los libros. Él es quien determina qué papel puede jugar cada libro en el proceso” (p. 184). Hannigan (1962) indica, por una parte, que a los bibliotecarios se les ha reprochado falta de iniciativa pero, contradictoriamente, ellos deben ejercer sus funciones “bajo la guía del personal médico” (p. 186).

Además, considera que este profesional, en consulta con dicho personal médico y como parte del equipo, debe ser quien estimule y desarrolle los intereses de lectura, a la vez que recomiende y provea los libros en tres direcciones: a) servicio de asesoría a los lectores, b) terapia individual o grupal y c) actividades especiales de las bibliotecas correlacionadas con los intereses de los pacientes. Para estar a la altura del reto, el bibliotecario debe participar en las reuniones en que se discuten métodos y objetivos; así como adquirir conocimientos sobre los pacientes a través de entrevistas y reportes de casos, sin dejar de compartir los resultados con los demás miembros del equipo.

Entre los objetivos biblioterapéuticos, la autora también pondera el de fomentar el empleo adecuado de los materiales bibliotecarios y de la institución en sí. Su concepción está vinculada a la labor desplegada desde una biblioteca hospitalaria, lo cual no siempre ocurre en la práctica; pues, aunque un programa así requiera cierta conexión con una biblioteca o, al menos alguna colección de libros de la que puedan disponer oportunamente el biblioterapeuta y los pacientes. Lo cierto es que no todos los hospitales cuentan con bibliotecas para pacientes, ni éstas brindan siempre servicios específicos de biblioterapia.

En cuanto a la figura del bibliotecario, Gamboa (2000) destaca que, frente a su antigua imagen como individuo de escasa iniciativa y manifiesto rechazo ante la competencia y los conflictos, se impone un nuevo modelo de profesional, capaz de cumplir con éxito tareas como las de interpretar las necesidades del usuario y compartir conocimientos con respecto a los recursos de información disponibles. Además, afirma que este profesional es un comunicador cultural y debe fomentar hábitos lectores, funciones que constituyen pilares de las prácticas biblioterapéuticas.

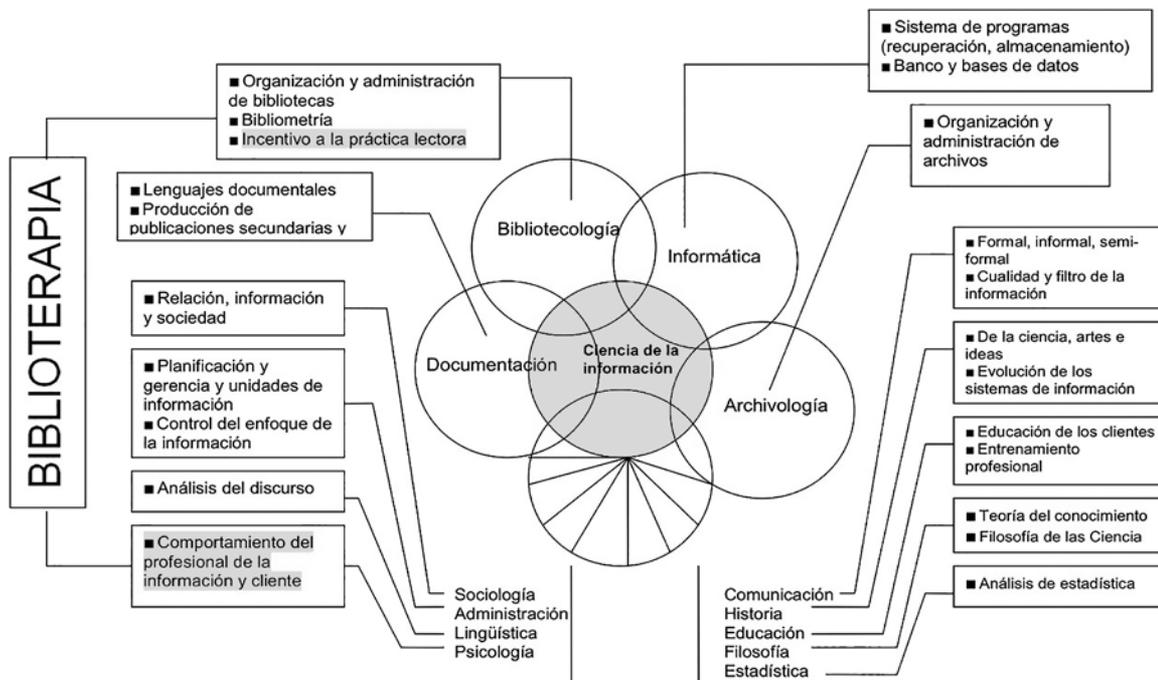
Gómez (2011, p. 40), en su estudio sobre la biblioterapia como práctica profesional del bibliotecólogo, incluye un esquema de Castro (2000, p. 7), adaptado para reflejar la relación entre la biblioterapia y los campos interdisciplinarios de la

3. El término comenzó a utilizarse en los años sesenta en Japón, para aludir a un nuevo modelo social en el que la información y su flujo resultan esenciales, con el soporte de las tecnologías asociadas y, posteriormente, el surgimiento y consolidación de internet como red de redes. Por distintas razones, existe una brecha digital que separa unas poblaciones de otras en cuanto al acceso a este recurso, por lo que la misma no puede considerarse completamente instaurada. También hay que señalar que requiere de un desarrollo teórico más profundo, que no es objetivo de esta investigación.

Ciencia de la Información (véase figura 1). Además, comenta tres competencias fundamentales que deben poseer los bibliotecarios y constituyen fortalezas para el ejercicio de la biblioterapia: conoci-

miento exhaustivo de materiales para niños, jóvenes y adultos; habilidades en cuanto al servicio de referencia y capacidad de desarrollar funciones de lectura guiada.

Figura 1: La biblioterapia y los campos interdisciplinarios de la Ciencia de la Información.



Fuente: Castro (2000), citado por Gómez (2011, p. 40).

El bibliotecario debe ser competente para ofrecer servicios cada vez más personalizados, a los distintos segmentos de usuarios. Esto resulta muy útil al desempeñar su labor con pacientes requeridos de un programa de biblioterapia. Como referencista, está llamado a constituir un mediador eficaz entre los usuarios y la información *per se*. La práctica habitual de esta función lo dota de experiencia para conducir entrevistas con los usuarios, así como para ser proactivo y asertivo desde el punto de vista comunicacional en cuanto a detectar y satisfacer necesidades de información.

La lectura guiada, por su parte, engloba funciones como el asesoramiento al lector, así como la discusión y presentación de libros, a la cual habría que vincular la promoción de la lectura. En numerosas ocasiones, como ha señalado Alonso (2008), la biblioterapia se concibe solo como una suerte de tarea para la casa que debe realizar el paciente, o con propósitos no relacionados con los auténticos beneficios de la lectura, como lo es por ejemplo, el de combatir el insomnio. La participación

del bibliotecario, quien debe poseer una especial destreza para motivar a la audiencia a emprender la aventura intelectual de la lectura, puede variar diametralmente este enfoque.

En sentido general, las aptitudes en materia de discusión y difusión de libros, que podrían hacerse extensivas a otros soportes, resultan de indudable valor para refutar el enfoque que limita la función del bibliotecario a proponer los materiales que empleará el biblioterapeuta, aun cuando esta sea una de las más significativas para el logro de las metas trazadas.

Bentes (2005) reafirma una serie de competencias propias del bibliotecario, referidas por la *Special Librarian Association* (SLA, por sus siglas en inglés), que incluye las de conocer los temas atinentes a su organización y sus clientes; validar las necesidades y planear modelos de servicios y productos informacionales, así como avalar los resultados del uso efectivo de la información. En cuanto a las características personales deseables en este profesional para la SLA, cabe hacer mención, de manera sucinta, al compromiso con la

calidad de sus servicios, la motivación para buscar nuevas oportunidades, la alianza con otros profesionales e instituciones, las habilidades comunicativas, el compromiso con la formación continua, así como la flexibilidad y una actitud positiva ante los cambios. Como biblioterapeuta, el bibliotecario y/o el profesional de la información requieren conjugar todos estos elementos, en aras de ofrecer una atención óptima a sus usuarios.

En resumen, las posiciones teóricas se decantan en dos tesis fundamentales: la que le atribuye un papel rector al psicólogo y la que sitúa la responsabilidad principal en la persona del bibliotecario, amén de la intervención puntual de otros especialistas. Esta especie de contrapunteo profesional ha resultado prácticamente estéril, pues se trata de un ámbito generado a partir de determinados entrecruzamientos disciplinares, en los que la Bibliotecología y la Psicología han marcado pautas definitorias. La CI, por su parte, es también un campo interdisciplinar, joven pero ya consolidado como disciplina, con raíces afines a la biblioterapia y propósitos fácilmente conciliables. La misma posee un significativo potencial heurístico para la concepción y desarrollo de esta modalidad terapéutica.

El bibliotecario y/o el profesional de la información son depositarios actuantes de un cúmulo de conocimientos que pueden aplicar de manera creativa en todas las fases de la biblioterapia. No debe soslayarse la función de seleccionar las fuentes de información, pues esta constituye una tarea de primer orden y prácticamente indiscutida de dichos profesionales. Con ella se relacionan también otras acciones colaterales, como la asignación de libros, el orden de lectura de los materiales y los plazos que deben establecerse, por ejemplo, siempre con la flexibilidad necesaria.

En este sentido, SLA manifiesta que el bibliotecario debe “poseer conocimientos suficientes de los recursos de información, incluyendo la habilidad de avalarlos y filtrarlos críticamente” (Bentes, 2005, p. 37); aspecto que constituye también un índice del buen desempeño del profesional de la información. En cuanto a la biblioterapia, ello implica una valoración múltiple de las fuentes, pues no se trata solo de la veracidad y valía del contenido de un texto científico, o el vuelo estético de una obra de arte; sino que también incide el estado de ánimo que pueda provocar y su atractivo para determinado público, entre otros factores.

Las fuentes de información para la biblioterapia, antecedentes y pautas en cuanto a su selección

En la literatura científica resultan escasos los estudios con respecto a las fuentes de información con valor terapéutico, o apropiadas para determinados perfiles de usuarios; con excepción de los proyectos dirigidos a niños y/o adolescentes, aunque no siempre se delimitan adecuadamente los segmentos de edad. En muchas ocasiones, los autores incluyen la lista de materiales asociados a programas biblioterapéuticos; pero no hacen explícitas las pautas de selección o, al menos, la exégesis en cada caso.

La etimología del término biblioterapia pudiera sugerir que se trata exclusivamente de la prescripción de libros, por lo que, quizás, el término más adecuado sería el de infoterapia o terapia informacional. Más allá de generar un debate terminológico, lo importante es precisar que esta modalidad terapéutica puede incluir películas (Cruz, 1995; citado por Gómez, 2011), textos no verbales (Bentes, 2005) y otros. Sin pretender un elenco exhaustivo, pueden incorporarse piezas musicales, obras artísticas, documentos audiovisuales, materiales de carácter lúdico, digitales, en línea, etcétera, siempre que correspondan a los principios y propósitos del programa en cuestión.

Resulta pertinente señalar que las fuentes de información susceptibles de ser incluidas en un programa de esta naturaleza y las colecciones de las llamadas bibliotecas para pacientes guardan muchas similitudes. En este sentido, las recomendaciones de la Federación Internacional de Asociaciones e Instituciones de Bibliotecas (IFLA, por sus siglas en inglés) en cuanto a la composición del fondo de tales centros, pueden constituir un marco de referencia válido para la selección de fuentes biblioterapéuticas, en la medida en que sean aplicables; así como otros aspectos que se pautan en dicho documento de IFLA.

Entre los materiales recomendados, que deben estar en buenas condiciones y ser de calidad; a la vez que fáciles de manejar, se encuentran libros, revistas, periódicos y folletos. También se reafirma la utilidad de disponer de textos en formatos alternativos como los audiolibros, cintas sonoras y de video, películas, música y espectáculos. Para los niños, se sugiere además el empleo de radios portátiles, juegos, puzzles y barajas (Miñarro, 2000). En el caso de la biblioterapia, no siempre resulta posible y/o necesario la adquisición de los mismos,

sino que lo esencial es facilitarlos oportunamente a los usuarios que los requieran. Tanto con respecto a las bibliotecas para pacientes como a la biblioterapia, a pesar de algunas diferencias, se requiere un análisis del contenido de las fuentes y su valoración desde diversos ángulos.

Es válido precisar que la concepción de fuentes de información, en el ámbito biblioterapéutico, no se circunscribe al nexo del contenido con los procesos cognitivos y la gnoseología en general; sino que también debe considerar las implicaciones de éste en cuanto al desarrollo psico-emocional, o sea, las potencialidades de informar —dar forma a— la afectividad individual. Los documentos propiamente científicos o de divulgación en este campo, en los que se verifica la relación información-conocimiento, pueden resultar adecuados para usuarios que requieran un bagaje de datos sobre determinadas afecciones; pero muchos de los libros de autoayuda, la conocida como *misery literature* y la de ficción, así como sus correlatos en el orbe audiovisual, ejercen su influjo en el sujeto a través de las emociones y otras manifestaciones de la esfera afectiva de la personalidad.

Al respecto, los profesionales involucrados deben tener plena conciencia de que existen materiales que tienden a provocar efectos nocivos en los pacientes, no siempre por desencadenar emociones consideradas negativas o sentimientos de pesar —muchas veces esta catarsis es necesaria—; sino por resultar contraproducentes para los objetivos de la terapia, al inducir estados depresivos, ansiedad, baja autoestima y/o patrones inadecuados de comportamiento. En el área de la Medicina, se ha acuñado el término yatrogenia para significar el daño que eventualmente se le inflige al paciente en razón de una decisión no adecuada o de desaciertos involuntarios en la conducta del galeno durante el curso del diagnóstico y/o el tratamiento, a veces por situaciones difíciles de prever. Dicho concepto podría ser extrapolado al ámbito de la biblioterapia para aludir al potencial efecto indeseado de determinadas lecturas.

Es así que el profesional debe conocer a fondo el contenido de las fuentes que va a “recetar”, tanto como las características personales de sus usuarios, como para establecer correlaciones positivas entre unas y otros. Desde mediados del siglo XIX, Isaac Ray, superintendente de un hospital de Rhode Island, Estados Unidos, afirmaba con vehemencia que las novelas y periódicos baratos figuraban entre las causas principales de la pérdida de la razón (Ray, 1863; citado por Weimerskirch, 1965).

Hannigan, a su vez, menciona un siglo después la necesidad de prevenir el contacto con material perjudicial que tienda a excitar la condición del paciente (Hannigan, 1964.). Es decir, el principio de *primum non nocere* (primero no dañar) atribuido a importantes médicos de la Antigüedad, como Hipócrates, debe ser parte constitutiva de la ética en este ámbito.

Como ejemplo ilustrativo, aunque extraído de la ficción literaria, sirva el relativo a Don Quijote de la Mancha, protagonista de la obra cumbre de Miguel de Cervantes. El autor señala como causa de la locura de éste la lectura indiscriminada de novelas de caballería. La realidad no dista mucho de estas fabulaciones, como parecen indicar ciertos análisis en torno a las repercusiones negativas de textos como *El completo manual del suicidio*, del nipón Wataru Tsurumi, publicado en 1993. Este material constituye una guía que aborda de manera exhaustiva, con fría objetividad y sin ahorrarse ilustraciones, los métodos de suicidio; precisando elementos como grado de letalidad, nivel de preparación previa, sufrimiento asociado y apariencia del cadáver.

No hay razón para que el de Tánatos constituya un tópico vedado en los programas de biblioterapia, de hecho la atención a determinados usuarios con mucha frecuencia requiere su inclusión. Sin embargo, se trata de evitar abordajes de esta naturaleza y de propiciar una cosmovisión que acoja la muerte como fenómeno natural e inevitable pero, al mismo tiempo, opte indefectiblemente por la vida. Alonso (2008) incluye varios textos narrativos que fomentan una actitud de esta índole, tales como *El otoño de Freddy, la hoja*, de Leo Buscaglia. Otro tanto sucede con el tema del erotismo y la sexualidad, pues son bienvenidos aquellos textos, artísticos o científicos, que beneficien los objetivos terapéuticos; pero no así la pornografía y otras manifestaciones que ensalzan los llamados anti-valores.

La enfermedad es otro asunto que se le presenta regularmente al biblioterapeuta, ya esté dada por problemas orgánicos, trastornos psicológicos, secuelas de accidentes, discapacidad o invalidez, patologías crónicas, dolorosas, terminales, y otras cuya evolución puede resultar más satisfactoria con el coadyuvante de un programa de esta naturaleza. La biblioterapia no es universal panacea; pero sí constituye un paliativo para afrontar situaciones difíciles, como puede ocurrir, por ejemplo, tras un accidente en el que la recuperación implique permanecer varios días en un lecho de hospital.

Al respecto, en la actualidad existe una diferencia importante entre los servicios habituales de una biblioteca para pacientes y un programa de biblioterapia, con independencia de que el mismo sea implementado o no desde la propia biblioteca; y es la responsabilidad, de naturaleza legal y/o ética, en cuanto a ser garante del derecho a la información. Una biblioteca para pacientes debe contar con materiales de las distintas especialidades médicas, particularmente aquellos de divulgación científica para un público no especializado, y estar en disposición de efectuar el préstamo correspondiente cuando los usuarios lo soliciten, aún cuando ciertos datos, sobre etiología, desarrollo de los síntomas y/o pronóstico de las patologías, resulten demasiado crudos o desmoralizantes. Para un programa de biblioterapia, en cambio, el profesional seleccionará las fuentes a partir de un enfoque que resulte más optimista y contribuya a brindar aliento al lector.

El biblioterapeuta suele efectuar la selección a partir de los materiales ya existentes, pues pocas veces resulta posible o viable la redacción de textos a la medida del segmento de usuarios que es atendido; pero existen algunas excepciones, sobre todo en el ámbito de la biblioterapia infantil. Núñez (1994) escribió una serie de textos narrativos para este fin, enfocados en distintas situaciones problemáticas, como el divorcio de los padres, la muerte de un ser querido o de un animal doméstico, cierto padecimiento que afecte las rutinas diarias, etc. La propia autora puso en práctica con éxito un programa a partir de estos relatos, en la Biblioteca Nacional de Cuba "José Martí", una de las pocas de rango nacional que ha implementado un servicio de esta índole, como parte de sus proyecciones comunitarias.

De acuerdo con Weimerskirch, en torno a la primera mitad del siglo XIX se consideraba a la biblioteca como una especie de farmacia intelectual en la cual existían remedios para todo tipo de desórdenes; sin embargo, todavía resultaban limitados. La Biblia constituía casi siempre el texto más recomendado (sobre todo el Nuevo Testamento), al tiempo que las bibliotecas para pacientes contaban con un gran número de ejemplares. Un pionero de la biblioterapia como John Minson Galt refiere su empleo para el tratamiento de pacientes hipcondriacos y la recomienda para combatir la melancolía, siempre y cuando el lector no fuese contrario a las creencias religiosas (Weimerskirch, 1965).

Sin embargo, con excepción de las Sagradas Escrituras, no era usual que las bibliotecas de hos-

pitales mentales estadounidenses contaran con demasiados textos de temática religiosa, como sí era el caso de sus homólogas británicas. Su fondo estaba integrado por textos de historia, biografías, viajes, revistas y ciertas obras de ficción de autores como Walter Scott, Edgeworth y Sherwood, que tenían entonces gran demanda (Weimerskirch, 1965); aunque la literatura de esta índole no sería completamente acogida en la comunidad científica hasta alrededor de un siglo después, a partir de que el texto "*El uso de la ficción en la psicoterapia*", de Sofie Lazarsfeld, fuese publicado en 1949 (Beatty, 1962).

Isaac Ray también percibió que las colecciones de hospitales estadounidenses incluían un mayor número de periódicos que las británicas (Ray, 1863; citado por Weimerskirch, 1965). Incluso Weimerskirch concluyó que por esa época los periódicos eran considerados materiales ideales para los pacientes, pues contenían "algo para cada quien", los artículos no eran muy extensos y su lectura contribuía de modo favorable al estado de ánimo; siempre que se filtraran cuidadosamente para suprimir noticias desagradables (Weimerskirch, 1965). En este sentido, no es ocioso agregar que entre los estándares de IFLA con respecto a bibliotecas para pacientes, se recomiendan para los ancianos "diarios que puedan facilitar un marco de referencia sobre el paso del tiempo" (2001, p. 40); lo cual podría extenderse a otros sectores y tomarse en cuenta, de ser necesario, en los programas de biblioterapia.

La selección de fuentes no se circunscribe a materiales que hayan sido concebidos con un propósito biblioterapéutico o afín a los principios de la biblioterapia; aunque los libros de autoayuda, videos de charlas motivacionales y otros de este corte cuentan con altos índices de aceptación. Brewster (2007) considera tres categorías de biblioterapia: de autoayuda, creativa e informal. Con respecto a la primera, hace notar la ausencia de estándares de calidad y las dificultades para mantener un buen nivel de actualización frente a las nuevas producciones. Estos materiales apelan, en esencia, al aspecto cognitivo de la personalidad, para hacer evidentes las denominadas distorsiones; las cuales provocan, a su vez, desequilibrios emocionales.

Dentro de la biblioterapia informal incluye la conocida en inglés como *misery literature*, que alude a historias de personas cuyas vidas estuvieron marcadas por infancias difíciles, abusos, abandono, desgracias o vicisitudes de diversa índole, a las

que se sobrepusieron para alcanzar la realización personal o el éxito, por lo que sus memorias generalmente resultan inspiradoras. Brewster comenta un estudio al respecto, en el que el 79% de los pacientes afirmó que esta resultaba de alguna ayuda, mientras que el 18% la consideró de mucha ayuda (Clifford et al., 1999; citado por Brewster, 2007). La misma puede resultar más efectiva, pues no contiene instrucciones explícitas y resulta más cercana al ámbito vivencial y de las emociones.

Con respecto a la biblioterapia creativa, Caldin (2001) comenta que las obras de este cariz facilitan determinados procesos psicológicos que propician cambios en la perspectiva personal y en el comportamiento: catarsis, identificación, proyección, introyección e introspección. Este autor considera que la catarsis constituye un medio para pacificar las emociones; aunque, habría que agregar, al inicio suele significar que estas se desencadenen de manera intempestiva, en este caso a partir de un estímulo derivado de la lectura, u otra actividad vinculada a la biblioterapia. La identificación se basa en que el lector aprecie afinidades entre sí mismo y algún personaje, real o de ficción, las cuales pueden ser conducidas por el biblioterapeuta hacia determinados fines, como la adopción de una actitud más positiva por parte del lector.

La introyección alude precisamente a que el paciente incorpore a su cosmovisión y/o comportamiento; pensamientos, cualidades o actitudes propias de otros individuos, positivas y pertinentes para su situación. La introspección constituye una actitud reflexiva sobre cualquier aspecto de la propia personalidad y/o conducta, tendiente al autoconocimiento y a la auto-transformación. Por otra parte, cuando se transfieren a otros determinadas ideas, sentimientos, expectativas o deseos inconscientes, se está en presencia de la proyección (Caldin, 2001); un mecanismo de defensa psíquica que la biblioterapia puede contribuir a detectar y afrontar.

Los textos literarios y las obras artísticas contribuyen al incremento del acervo cultural del usuario, fomentan una cosmovisión más amplia y, con ella, una mejor comprensión de las problemáticas personales y sociales, junto a sus posibles soluciones. Además, cuando se manifiesta el humor, el valor terapéutico podría incrementarse, pues este permite transformar, si concurren ciertas circunstancias, el objeto de dolor en objeto de placer. Sin embargo, es importante tener en cuenta que las obras de esta índole, si bien pueden incluso ser

más beneficiosas que las de autoayuda, requieren un análisis previo más profundo por parte del biblioterapeuta, pues sus resultados —y, como parte de ellos, potenciales efectos negativos— resultan más difíciles de prever (Brewster, 2007).

En cuanto a los géneros literarios, todos pueden resultar útiles, siempre que se valore el contenido. Los textos narrativos, en particular las novelas, estuvieron vedadas para este fin hace varias décadas atrás; pero en la actualidad sus potencialidades terapéuticas resultan unánimemente reconocidas. La poesía, por otra parte, constituye un vehículo privilegiado para la comunicación intuitiva de las emociones; pero deben continuar los estudios desde diferentes disciplinas para ahondar en sus resortes y en la manera de promoverla, incluyendo programas de biblioterapia. Una vía que no se debe desechar, a partir de los nexos entre biblioterapia y escritura creativa, es el de emplear textos escritos por los propios pacientes, siempre que resulten convenientes y sin arriesgar juicios de valor con respecto a su nivel artístico.

En sentido general, siguiendo las recomendaciones de IFLA en cuanto a estándares de bibliotecas para pacientes aplicables a los ancianos —que pueden ser extendidos sin dificultad a otros sectores poblacionales—, los programas de biblioterapia también deben tener presentes determinados aspectos para la selección de materiales. A saber, que estos “animen y apoyen los intereses individuales, compensen las limitaciones mentales y físicas, se complementen con actividades o terapias específicas y proporcionen diferentes niveles de lectura”; o sea, resulten inteligibles, hasta cierto punto, para lectores con distinto grado de capacidad intelectual (IFLA, 2001, p. 40). Asimismo, se debe fomentar un entorno ergonómico para la lectura. Ello implica, desde el punto de vista del libro, dimensiones que resulten manejables, un puntaje de letra adecuado, así como la posibilidad de disponer de lupas o adminículos similares, soportes para libros, pasadores de páginas automáticos, entre otros, según las necesidades del paciente.

Por último, el ámbito de las TICs y el ciberespacio ofrece significativas oportunidades en cuanto a los recursos propiamente biblioterapéuticos, o que se pueden adecuar a estos fines. En este, el profesional de la información puede desplegar su rol de mediador eficaz, con sentido crítico de las fuentes, conocimiento de los entresijos de la personalidad del paciente y conciencia meridiana de los objetivos del programa. Al respecto, existen

muchas páginas web que proporcionan información de autoayuda, así como blogs y foros de intercambio entre pacientes, que casi siempre cuentan con un psicólogo como moderador y les permiten socializar sus padecimientos.

Conclusiones

La biblioterapia es un campo de estudios y de desempeño profesional interdisciplinar, que potencia los beneficios de la lectura y el acceso a diversas fuentes de información en función de la salud mental y/o la calidad de vida de los pacientes. Su historia previa se remonta al surgimiento de la escritura y sus primeros soportes, con hitos como la invención de la imprenta, que propiciaron su ulterior evolución entre las prácticas de atención psicológica y bibliotecaria. En la actualidad y para el futuro, se manifiestan sus nexos con la sociedad de la información, las tecnologías asociadas y la ciencia que estudia este recurso.

Los profesionales de la Bibliotecología y la Ciencia de la Información pueden ser competentes para diseñar e implementar programas biblioterapéuticos, tanto en lo que respecta a la selección de fuentes de información como a otras fases del

proceso. El bibliotecario o bibliotecólogo tiene entre sus funciones las de referencista y promotor de lectura; mientras que la formación académica del profesional de la información propicia, con mayor intencionalidad, destrezas comunicativas y en cuanto al uso de las TICs; elementos que contribuyen significativamente al desempeño de ambos en el ámbito de la biblioterapia. Asimismo, en este deben concurrir, en su caso, profesionales de otras disciplinas como Psicología, Medicina, Enfermería y Educación.

La selección de fuentes de información para la biblioterapia debe tener como principio básico el que estas no contengan un enfoque perjudicial para el usuario dado por la promoción de sentimientos negativos, conductas disfuncionales y/o antivalores. Los materiales, que pueden ser textuales, audiovisuales o de otra naturaleza a criterio del biblioterapeuta, se dividen básicamente en dos categorías: de autoayuda y de ficción, los cuales cumplen distintos propósitos de acuerdo a la modalidad de usuarios y de tratamiento. Las TICs e internet han propiciado un nuevo escenario en el que el paciente puede acceder a otros recursos terapéuticos, a partir de las sugerencias del profesional encargado. ■

Bibliografía

- Alonso, A. (2008). *Biblioterapia y desarrollo personal. La Habana, Cuba*: Editorial Ciencias Médicas.
- Beatty, W. (1962). A historical review of bibliotherapy. *Library Trends*; 11(2), 106-117.
- Bentes, V. (2005). A biblioterapia como campo de atuação para o bibliotecário. *Transinformação*; 17(1), 31-43.
- Borges, A. (2010). *Aplicação de biblioterapia no centro educacional Padre Jordan* (Tesis de licenciatura publicada). Florianópolis, Brasil: Universidad Federal de Santa Catarina. Recuperado de <https://repositorio.ufsc.br/bitstream/handle/123456789/120214/284433.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Bry, I. (1942). Medical aspect of literature. A bibliographical outline. *Bulletin of the Medical Library Association*; 30, 252-266.
- Brewster, E. (2007). Medicine for the soul: bibliotherapy. *Australasian Public Libraries and Information Services (Aplis)*; 21(3), 115-119.
- Caldin, C. (2001). A leitura como função terapêutica: biblioterapia. *Encontros Bibli*; 12, 32-44. Recuperado de <https://periodicos.ufsc.br/index.php/eb/article/download/1518-2924.2001v6n12p32/5200>
- Castro, C. (2000). Profissional da informação: perfis e atitudes desejadas. *Informação & Sociedade: Estudos*; 10(1), 1-13.
- Da Silva, A. (2005). *Características da produção documental sobre biblioterapia no Brasil*. Florianópolis, Brasil: Universidad Federal de Santa Catarina.
- Ferreira, A.; de Castro, A.; Campos, B.; das Chagas, F.; & Soares, J. (2011). O biblioterapeuta: a nova atuação do profissional bibliotecário.: En *xiv Encontro Regional de Estudantes de Biblioteconomia, Documentação, Ciência da Informação e Gestão da informação*. Universidade Federal do Maranhão, Centro de Ciências Sociais Recuperado de <http://rabci.org/rabci/sites/default/files/O%20BIBLIOTERAPÊUTA%20a%20nova%20atuação%20do%20profissional%20bibliotecário.pdf>
- Gamboa, S. (2000). Nuevo rol para el profesional de la biblioteca del futuro. *Biblios*; 2(6), 1-9. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=283288>
- Giubertti, M.; & Galvão, S. (2013). Biblioterapia na Ciência da Informação: Comunicação e Mediação. *Encontros Bibli*; 18(36), 231-253. Recuperado de <https://periodicos.ufsc.br/index.php/eb/article/download/1518-2924.2013v18n36p231/24527>
- Gómez, K. (2011). *La biblioterapia como práctica profesional del bibliotecólogo* (Tesis de licenciatura publicada). Recuperado de http://eprints.rclis.org/15583/1/art%C3%ADculo_biblioterapia.pdf
- Hannigan, M. (1962). The librarian in bibliotherapy: pharmacist or bibliotherapist? *Library Trends*; 11(2), 184-198.
- IFLA (2001). Pautas para bibliotecas al servicio de pacientes de hospital, ancianos y discapacitados en centros de atención de larga duración. *IFLA Professional Reports*; 69, 1-48.
- León, M. (2008). *Pensamientos de Félix Varela y Morales* (comp.). La Habana, Cuba: Biblioteca Nacional José Martí, Ediciones Bachiller.

Martí, J. (1975). *Obras Completas*. (vol. 15). La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales.

McMillen, P.; & Pehrsson, D. (2004). Bibliotherapy for hospital patients. *Journal of Hospital Librarianship*; 4(1), 73-81.

Miñarro, L. (2000). Bibliotecas para pacientes. Recomendaciones de la IFLA. *Métodos de Información*; 7(37), 54-68.

Monroe, E.; & Rubin, R. (1974). *Bibliotherapy: Trends in the United States*. Washington, Unites States: General Council Meeting of the International Federation of Library Association.

Núñez, M. (1994). *Biblioterapia: cuentos infantiles terapéuticos*. La Habana, Cuba: Editorial Científico Técnica.

Pereira, F. (1996). *Biblioterapia: proposta de um programa de um programa de lei-*

tura para portadores de deficiência visual em bibliotecas públicas. João Pessoa, Brasil: Editora Universitária.

Vall, A. (2009). Los bibliotecarios de las bibliotecas para pacientes en España: evolución histórica de una profesión. *Anales de Documentación*; 12, 303-319.

Weimerskirch, P. (1965). Benjamin Rush and John Minson Galt, II: pioneers of bibliotherapy in America. *Bulletin of the Medical Library Association*; 53(4), 510-526.